

## Lección 23

16 de junio de 1965

En principio, hoy les doy el último curso de este año. Pero no será exactamente la última vez que nos encontremos, al contrario, el seminario cerrado que tendrá lugar dentro de ocho días podrá ser ocasión, para cada cual, de plantearme algunas preguntas sobre las tinieblas que haya podido dejarle lo que les expuse este año, ya sea sobre su texto, o sobre sus designios.

La última vez detuve la lectura de un texto preliminar a un escrito en curso en los términos siguientes:

*Porque el psicoanálisis sólo valdrá, digo yo a quien pide ser analista, lo que tú valgas cuando seas psicoanalista; no irá más lejos que allá donde puede conducirte. Esto no es para engañarnos juntos con una merecida reprimenda sobre tu responsabilidad en la práctica –continuaba yo, dirigiéndome al mismo-. Sabes bien que todo ejercicio de un poder no solamente está sujeto a error sino a ese colmo de desacierto que consiste en ser bienhechor en su error.*

*¿Cómo aceptaríamos ser médico si no aceptásemos este increíble efecto del humano laberinto? Lo que he de decirte es el riesgo que corres con ese matrimonio en las suertes del psicoanálisis. Pues lo que aquí pones en juego nada tiene que ver con lo que se juega en la salida de un psicoanálisis ordinario. Y el término de perfectamente analizado al que te hacen echarle el ojo a la salida de tu psicoanálisis, calificado como didáctico, es tan engañoso como insuficiente es la definición de los fines de este análisis.*

*Pues no basta con que tengas, según la fórmula clásica, “perfectamente en claro tus relaciones con tus pacientes”, se requiere también que puedas soportar tus relaciones con el psicoanálisis mismo. Pues si –el psicoanálisis nos lo enseña- la verdad responde a una infracción venial para con ésta<sup>i</sup>, para con una represión dicha de otra manera, tomando del cuerpo mismo donde yace tu ser su rescate, no creas que aquella sea más clemente ante la falta capital, inminente siempre en una acción que pretende seguir su huella sin conocer sus señales<sup>ii</sup>. Una acción cuyo medio es el Verbo tartamudea en la mentira, y la verdad recubre sus tratas, siempre con usura. Tu posición está pues en efecto ligada a la suerte de todos estos que se llaman los psicoanalistas, pues el psicoanálisis no está en otra parte. Si no se puede esperar del psicoanálisis nada diferente a lo que en él ponemos, exijo entonces penetrar lo que hay tras una cierta resistencia instituida en el cuerpo mismo de los psicoanalistas. Este es precisamente el cuestionamiento esencial, desde los tiempos en que se planteó mi enseñanza, como pura y simplemente oponiéndose a una cierta sordidez en la teorización de la práctica cuyo común denominador está dado por la psicologización, psicologización que allí se denuncia a sí misma escandalosamente, pues confiesa ser el blanco de algunos de sus promotores. Buscar en lo psicológico el real con el cual tiene que vérsela el psicoanálisis es el principio de una desviación radical. Toda reducción, todo*

---

<sup>i</sup> La verité répond à un manquement véniel à son endroit

<sup>ii</sup> brisées: ramas que rompe el cazador para señalar dónde está la caza

*intento de retorno como se dice, o de extenuación del psicoanálisis en algún psicologismo, independientemente de la manera constituida que pueda forjarsele, es la negación del psicoanálisis.*

*Desde cuando mostré que el psicologismo está tejido con falsas creencias –llamemos a las cosas por su nombre-, la primera de las cuales es la de las identidades intuitivas que se llamarían el yo, me parece que he recorrido suficiente camino para mostrarles dónde puede trazarse la vía de muy diferente manera.*

*Nunca nadie –salvo cierta forma de ignorantismo que, en sentido humorístico, le atribuyo, con mucha gratuidad aunque sin duda no sin razón, a los dentistas-, nunca nadie se ha atrevido a imputarle a Descartes el origen de este error intuitivo.”*

Lo que les recordé la última vez sobre el estatuto instaurado del *sum* en el *cogito*, no lo recordaré hoy. Es ahí donde retomo. Para quienes no estuvieron la vez pasada, quisiera señalar sin embargo lo que recalqué: que esta fundación del *sum* en el *cogito* no es fundación primera. Hay que recordar que ese surgimiento del *cogito* –en esta división donde la señala mi análisis entre el *yo soy* de ser y el *yo soy* de sentido del *yo soy* que es el que piensa *luego soy*-, que este paso no puede concebirse si no se ubica aquello respecto a lo cual se sitúa. Se sitúa como una duda metódica, y es más: radical, de algo que es un saber ya constituido, y que esta relación del sujeto con el saber es tan esencial que, partiendo de ahí, al comienzo, podemos hallar, en el resultado ese algo, que aquí repito para ver ahí el esbozo de una reflexión que se puede retomar y proseguir. Es que el resultado del cometido de Descartes es hacer posible ese algo que yo caractericé después de él como la acumulación de un saber. El fundamento, el fin, la marca, el estilo del saber de la ciencia es, ante todo, el de ser un saber que puede ser acumulado, y desde entonces toda la filosofía (hablo de la que podemos considerar como la mejor) no ha sido más que definir las condiciones de posibilidad de un sujeto frente a ese saber en tanto acumulable.

Pero esto es lo que es falsa posición de la filosofía, ubica al filósofo en la misma posición de lacayo que hace que el psicólogo esté ahí para darnos las condiciones de posibilidad de un sujeto en una sociedad dominada por la acumulación del capital. El sujeto en tanto debe constituirse para hacer posible esta acumulación del saber: es ahí donde podemos señalar que se encuentra el peldaño del proceder kantiano mismo, el más sano en esta materia.

Pero el origen de ese algo ante lo cual debemos nosotros posicionarnos como inscribiéndolo en falso –no es eso lo que nos interesa: la condición de posibilidad del saber-, es precisamente de lo que Descartes... de que con Descartes el consumo está hecho de lo que yo llamaría la alienación del saber, por esto: porque él se deshace de la verdades eternas en lo arbitrario divino. Ahí es donde está el resorte que ha permitido ese nuevo punto de partida, ese nuevo proceder, pero donde algo es fundamentalmente desconocido cuyo retorno constituye la esencia del descubrimiento freudiano. Si Descartes libera la carroza de esas verdades eternas, de la que se deshace en el arbitrario divino, éstas podrían ser otras, seguramente, el carácter decisivo de ese momento, ahí es donde indico la importancia, pero conviene darle su curso [sic]. Entonces nada, ni siquiera dos y dos son cuatro, es necesario. De por sí, todo es posible. Si todo es posible, nada lo es. Y consecuentemente, ahí está lo importante, en lo que se omite en nuestra percepción, la apercepción filosófica de partida de Descartes, consecuentemente, lo real es lo imposible. Todo es posible, salvo lo que es, que en adelante sólo se funda en su imposibilidad.

Es imposible que dos y dos den cuatro porque, sencillamente, así lo quiere Dios. Y sin embargo esa es la única razón. Hay que tomarla o dejarla; hay que pasar por lo imposible. Newton tiene vía libre con su acción a distancia imposible, con el nudo jamás desanudado aún del campo gravitacional, y Descartes puede permitirse ser relapso, relapso del lado de lo posible con su teoría de los torbellinos. Desde entonces, queda claro que, para los filósofos, y para los de la línea kantiana misma (lo digo: la mejor), el análisis de las condiciones de posibilidad del saber es una desviación. ¡Como si para eso se los hubiera esperado! Pues es justamente durante todo lo que precedió, donde se buscaba la vía por la cual hacer posible el saber, que resultó imposible hallarla. De repente, resultaba posible saber lo que era imposible descubrir cuando se buscaba ahí primero lo que era verdad: nombré la ciencia. Y ahora, cuando ya no se lo buscaba, porque de eso nos habíamos desembarazado con Dios, pues bien, he ahí que lo que tanto se buscaba descubrir, se imponía, por sí solo, pero de una manera muy diferente, que para nada se zanjaba con la verdad.

Por eso es que los filósofos quedan reducidos ahora a pescar algunas fruslerías para comentarios hermenéuticos ¡en una vía que pasa enteramente por otra parte! Porque lo que intento constituir para ustedes es, no las condiciones de posibilidad del psicoanálisis, sino cómo su vía se traza desde el fundamento de lo que Freud mismo, desde siempre, articuló como su imposibilidad. Ese término de lo imposible (hoy lo articulo de una forma que sin duda puede parecerles apresurada y hasta sesgada) merecería indudablemente que dijéramos más al respecto.

Acaso podría provisionalmente señalarles que, para apoderarnos de los dos sesgos, en cuanto a lo real, que nos permitan aprehender esta relación con lo posible, que es tan esencial marcar bien para todo nuestro proceder de analista, recordarles que lo contingente es, de lo real, lo que no puede no ser; que lo necesario, si cometemos el error de fundarlo en lo real y no allí donde se funda, a saber, en una relación simbólica, es lo que no puede no ser, si vemos ahí el fundamento de lo real. Sólo tiene que, si puedo decirlo, operar sobre esas dos fórmulas *lo que no puede* y *lo que puede* y hacer la resta. Es en la transformación en *no puede* del *puede*, en la instauración de lo imposible, que surge efectivamente la dimensión de lo real.

La vez pasada les he... les había anunciado que les hablaría este año de las posiciones subjetivas del ser y luego, por un movimiento de prudencia – en últimas me dejé aconsejarme contenté con hablar, en mi título, de problemas cruciales para el psicoanálisis. ¡Tuve razón! Por supuesto no es que mi primer designio haya sido abandonado entonces. Las posiciones subjetivas del ser están ahí en el tablero hace ya cuatro cursos míos, tal vez cinco, o sea los tres términos del *sujeto*, el *saber* y el *sexo*. Se trata ahí de posiciones subjetivas (del ser del sujeto del *yo soy* de Descartes, del ser del saber y del ser sexuado), en la dialéctica analítica y nada puede concebirse allí sin la conjugación de esos tres términos.

El enlace de esos tres términos está marcado por una relación que es la que (debajo del término escrito aquí en rojo, y que es en cierta forma el título en el tablero, del *Entzweiung*), que es la que intento hacerles comprender como instaurándose, arraigándose en el modo de relación que constituye el estatuto del sujeto; el estatuto del sujeto, en la medida en que durante todo el año hemos girado en torno a la índole de un rasgo particular que es el que lo constituye, ese *uno* cuya fórmula fuimos a buscar en Frege, por cuanto es ese *uno* el que se instituye en la localización de la falta. Debemos buscar ese algo que pone

a ese *uno* singular en esta relación de *Zwang* o de *Entzweiung* respecto al cuerpo del saber. Y es del *Zwei* del ser sexuado, por cuanto es siempre, para este uno del sujeto imaginario, no soluble; lo que encontramos es la instancia de la relación de lo uno con el *Zwei* del sexo, en todos los niveles de las relaciones entre los tres polos de esta triada. Porque ese *Zwang*, esa *Entzweiung*, ese algo que la última vez (no vuelvo sobre eso... o vuelvo, porque es necesario) creí deber inscribir en ese esquema topológico, importancia u oportunidad sobre la que deberé volver pronto, como marcada por el hecho de que, siendo la estructura de esta topología la de una superficie tal que su derecho llega en alguna parte, si puede decirse, a confluir con lo que es, con todo, su opuesto, a saber, su revés por supuesto, en nuestra experiencia de analistas, tiene lugar en esta relación tan particular de un sujeto con su saber sobre sí mismo que se llama síntoma; el sujeto se aprehende en una cierta experiencia que no es una experiencia donde esté solo, sino una experiencia hasta cierto punto educada y dirigida por un saber.

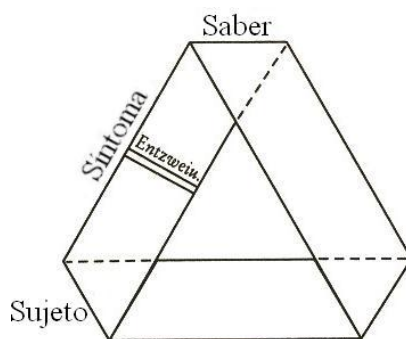


Fig. XXIII-1

Tenemos en demasía la experiencia de que el síntoma, así sea el más caracterizado en apariencia, para nuestras costumbres de clínicos, el del obsesivo por ejemplo, sólo se precisa, sólo adquiere su plena constitución en una cierta relación con el Otro del que Freud subrayó claramente que en algunas ocasiones puede ser el primer tiempo el psicoanálisis. Esta división, ese *Zwang*, esta oposición del sujeto a lo que le llegan del lado de un saber, es la relación del sujeto con su síntoma; es el primer paso del psicoanálisis.

Esto lo recuerdo únicamente para motivar el hecho de que yo haya marcado ahí la división, el *Zwang*. Pero sí está ahí, y si ese dibujo está motivado en el hecho de que la hoja simbólica de la relación topológica en cuestión, que es una relación de triada, tiene su sentido, su importancia (y ya volveré más adelante sobre esto), es claro que esta banda de Möbius que es así (tal vez no haya reflexionado lo suficiente por qué, ¿es por azar? ¿No lo es?), figura de esta manera, en ésta banda tres veces plegada sobre sí misma, esa cinta de Möbius, me refiero a su media torsión fundamental, constituye su propiedad topológica; lo que contiene de *Entzweiung*, justamente por el hecho de que no hay dos superficies, de que la misma superficie viene a encontrarse consigo misma como siendo su revés, ese es el principio de la *Entzweiung*, por supuesto, puede manifestarse en todos los puntos de la cinta de Möbius.

Y esto es justo lo que hallamos en la experiencia cuando vemos que el *Sinn*, a saber, lo que hace la potencia de la experiencia analítica, lo que esta introdujo en el mundo sobre ese algo esencialmente ambiguo donde reconocemos que, en el nivel más opaco de una cadena significativa, algo, ese algo que hace sentido, está siempre más o menos atrapado en esa bipolaridad aún no resuelta que es la que emana del sexo, y es eso lo que, en todo caso, hace sentido ahí. Pero no por nada comencé también el año mostrándoles que esta

naturaleza del sentido es exactamente la del *no sentido/paso de sentido*<sup>iii</sup>; que entre más lo que podamos intentar articular, formar, confluir significantes, con la única condición de respetar un mínimo de estructura gramatical, hará ese *no sentido/paso de sentido*, tanto más manifestará su relieve y originalidad.

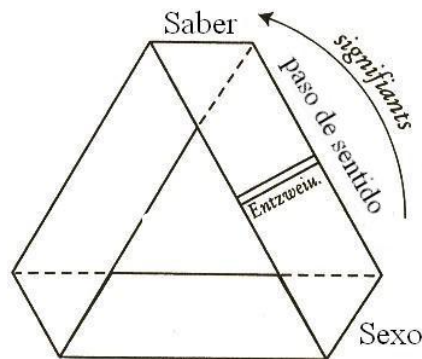


Fig. XXIII-2

El *Sinn* está marcado profundamente por la fisura de lo *Unsinn*, y ahí es donde surge en su mayor pureza. ¿Y entonces dónde hallaremos lo que corresponde allí a esta línea mágica, huidiza e ideal que está en todas partes y ninguna, esa línea de lo *Entzweiung* en el lugar de la ligazón del sujeto con el sexo que hemos llamado la *Warheit*? Pues se trata de esto en el psicoanálisis. Si el *Sinn*, si lo que es sentido es interpretable, llega al sujeto del lado del saber, en los traspies del discurso, en los tropiezos del significante, el significado que llega de esta manera viene de otra parte; viene aquí por debajo, no por el rodeo del saber, por ésa relación directa del sujeto con el ser sexuado. ¿Entonces dónde está aquí la división? ¿Acaso necesito, ante psicoanalistas, llamarlo por su nombre? ¿Cuál es la experiencia a la que nos conduce el psicoanálisis y que define la relación del sujeto con el sexo, si no es que, independientemente del sexo de ese sujeto, esa relación se expresa de esta manera singular que es la que llamamos la castración?

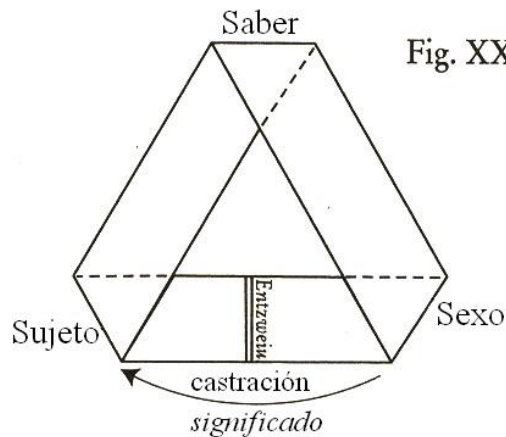


Fig. XXIII-3

Es en la medida en que precisamente lo que es la cópula, el instrumento de conjunción, es negatizado, que el sujeto cualquiera sea, se integra en la verdad del sexo. Y esta necesidad de la fundación de la castración, es lo que nos muestra, también ahí, el principio de esta singular *Entzweiung*, jugando con la ambigüedad imposible de resolver de este *uno* siempre desvanecido, siempre constreñido a confrontarse con el *dos*.

Ahora bien, les dije, la Idea de la Idea, la raíz de toda institución, instauración de lo simbólico en lo real, el Bien de Platón, para llamarlo por su nombre, no es otra cosa que número. Y la vez pasada les indiqué, en Simplicius y su testimonio sobre cierta lección de Platón, mis referencias. Me gustaría que alguno de mis oyentes lo tomara como tema, ocasión y pretexto para una investigación más profunda.

<sup>iii</sup> *pas-de-sens*. Cfr. la nota siete de la primera lección y la nota *iii* de la segunda.

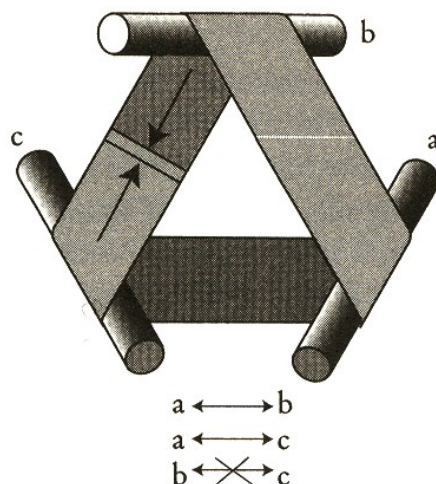


Fig. XXIII-4

Observen que no es por gusto que dibujé esta banda que aquí llamé banda de Mœbius, tres veces plegada de cierta forma, que cuadra con mis propósitos; lo que subrayé la última vez, mostrando que aquí había simetría, de la manera como, por ejemplo, este rollo [Figura XXIII-4], insertado en la banda [en a]<sup>iv</sup>, se opone a este otro [en b], ubicado a este nivel de la figura. Hay una simetría, es decir que ambos, para nosotros que estamos aquí, quedan ocultos por la banda, y pueden juntarse fácilmente. Asimismo aquí, a nivel del otro lado de la juntura [a-c] pero no en la tercera [b-c]. Rareza, curiosidad, pero en la que les ruego que observen, que noten, acostumbrándose a ello, a esta especie de experiencia, *experimentum mentis*, que no puede ser de otra manera; que no hay otra manera de lograr esta banda con este achatamiento triangular sin que aparezca en alguna parte la estructura que acabo de subrayar que quiere decir... que no se distingue de esto: que se trata obligatoriamente de una banda de Mœbius.

Sólo hay una posibilidad diferente: que la cosa se produzca asimismo en los tres lados; esto ocurre en el caso en que se usa lo que se llama la forma del nudo [Figura XXIII-5], a saber, que la banda será plegada de la misma manera como se invierten los tres puntos, pero eso no hará que sea menos una banda de Mœbius.

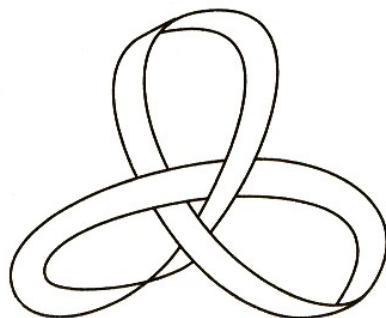


Fig. XXIII-5

Entonces en esta topología no hay escapatoria alguna. La tríada (es extraño que hasta cierta época no se hayan dado cuenta), la tríada implica esta topología de la banda de Mœbius. Les puede parecer rodeo largo, capricho, gusto por lo singular, que yo me demore, que quiera demorarme tanto en un estructura sobre la que, por lo menos, pueden ustedes

<sup>iv</sup> en a inséré dans la bande s'oppose à cet autre [en b]

presentir que [...] estructura poco familiar, pues estoy seguro que para algunos, si no para la mayoría de quienes están aquí, el comentario que acabo de hacer de que el hecho de servirnos de una superficie como soporte más propicio para representar una cierta tríada se nos plantea aquí como instituyendo propiamente hablando la posición subjetiva, preciso e insisto, entiendo claramente que sé lo que digo cuando digo *posición subjetiva*, por serlo como tal, que ese soporte lleva consigo la necesidad de cierta relación imaginada por la banda de Mœbius, pero sobre la cual ya les hice notar que la banda es sólo su imagen.

¿Puedo recordar que no es el hecho de que esta superficie sea superficie, de que exista, para decirlo todo, lo que la hace superficie de Mœbius? Pueden quitarle tantos pedazos como quieran, si persiste la continuidad, es siempre superficie de Mœbius, y, en últimas, no es más que este corte medianero que, al cambiar la superficie por una superficie claramente única (recuerden, un corte medianero no corta en dos la banda de Mœbius sino que la transforma en una banda que únicamente hace lo que se llama un bucle, pero lo propio de esta banda es que puede, lo mostré en su momento, pero lamento no poder volver a mostrarlo hoy, se me quedaron mis tijeras y mi pegamento, y no pude encontrar su reemplazo en la secretaría) pero recuerden que ésta banda puede recubrirse a sí misma, de manera tal que retoma la forma exacta de una banda de Mœbius y que entonces, lo que será el doble borde de la banda nuevamente plegada en una banda de Mœbius, será un intervalo que tienen aquí figurado en el tablero [Figura XXIII-6], con el que se puede demostrar que comporta también esa media vuelta, que es una banda de Mœbius.

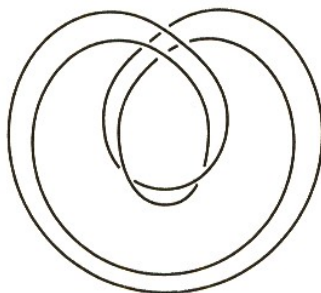


Fig. XXIII-6

¿Qué quiere decir esto? Que si, conforme con la topología, consideramos la superficie como definida siempre por un borde –no hay otra definición topológica de la superficie- y, un borde vectorizado de esta manera [Figura XXIII-7], tenemos ahí el símbolo de la superficie que llamaremos esférica. Una esfera es donde se puede hacer un hueco que se anulará como se dice, borde con borde, a saber, llegando los dos bordes del hueco a coserse, digamos, en el mismo sentido. Si quieren, para no confundir, para no perderlos en imaginaciones que conciernen al volumen, que en esta materia no interesa en absoluto, llamen a lo que les llamé, a esta primera superficie, un globo y la topología de globo no se define más que por la duplicidad de ese borde. Lo que está por dentro y por fuera del borde, aún si se trata de un globo infinito, aún si por ese hecho es un plano, es estrictamente equivalente. Ya lo dije, lo que está por fuera del círculo de Popilius es un círculo, al igual que lo que está por dentro, y lo propio de una superficie que se llama globo es que un corte cerrado desprende un pedazo.

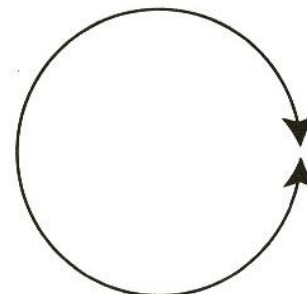


Fig. XXIII-7



Esto no es cierto para toda superficie, tal como es fácil verlo en un toro o en un anillo donde, si ciertos corte cerrados pueden tener el mismo efecto, están los que no hacen más que abrir simplemente la cámara de aire del toro y lo dejan definitivamente en un solo pedazo. Es cierto igualmente que un doble corte, si uno y otro se cruzan, no fragmenta en dos pedazos un toro. Dije: con tal de que se crucen. Les bastará con un poco de imaginación con la cámara de aire para darse cuenta.

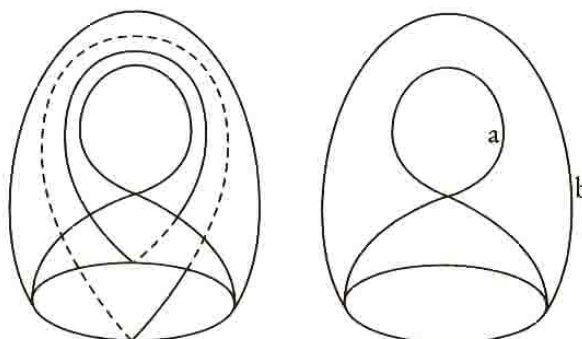


Fig. XXIII-8

Este año introduje la botella de Klein, cuya propiedad es que puede haber en ella dos cortes que no se cruzan y que eso no implique que la dividan. Lo señalo con este esquemita, un corte aquí, el otro, del otro lado, corte cerrado también [Figura XXIII-8]... Les dejo a su cargo darse cuenta por sí mismos cuál es su resultado: es una sola banda que forma sobre sí misma un doble bucle, a saber, algo que se parece, sin confundirse, a lo que sucede cuando se corta por el medio una banda de Mœbius. Esto no es sorprendente porque la botella de Klein está hecha de dos bandas de Mœbius y hay entonces un trazado, un trazado de una forma particular, el que, si puedo decir, le da dos veces la vuelta, de esta manera [Figura XXIII-8, a-b] –malísima manera de expresarse- al vacío central, vacío del que ni siquiera hemos hablado cuando especulamos sobre las superficies; lo digo para ir rápido. Enseguida y fácilmente se dan cuenta de que esta superficie queda entonces dividida en dos bandas de Mœbius. ¿Por qué volví a evocar aquí la banda de Mœbius? Ya lo verán.

Hay una cuarta forma de superficie definible por su borde, la que llamé –para ir igual de rápido- el *cross-cap*, porque es en esta forma que allí se marca, y que se llama con todo rigor teóricamente, el plano proyectivo. Pienso no tener que volver a evocar, por lo menos para la mayoría de ustedes, cómo se realiza esto. Para los demás, que tengan a bien imaginarse por un instante que aquí esta línea en a [Figura XXIII-9] manifiesta el cruce que se produce aquí, de un globo cuyos bordes habríamos previamente abierto de la misma manera como lo hicimos hace poco. Y si hiciéramos que, una vez abiertos los bordes, se juntaran entrecruzándose, es decir, de manera tal no que cada punto vaya a suturarse con el punto simétrico, digamos respecto a una línea que se le enfrenta, sino simétrico respecto a un punto, obtenemos entonces, lo repito figurado de manera que haga imagen, lo que constituye, lo que provisionalmente llamé el *cross-cap* o el plano proyectivo.

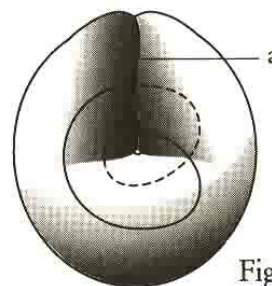


Fig. XXIII-9

¿Cuál es aquí la propiedad de un corte cerrado, de cierto tipo de corte cerrado? Existe un corte cerrado que tiene el mismo efecto que sobre la esfera, pero con la diferencia de que hay una diferencia de naturaleza entre uno y otro de los pedazos; el uno es el que se representa, se figura aquí, en



esta forma llamada del ocho interior [Figura XXIII-10a] o también de la porciúncula -y que hoy llamaré de otra manera, que es de gran importancia-, la otra [Figura XXIII-10b], de una banda de Möbius.

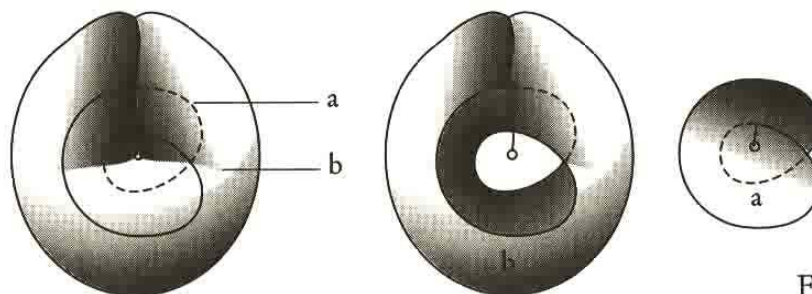


Fig. XXIII-10

Me excuso por este largo desarrollo. Este largo desarrollo está hecho para plantear e introducir lo siguiente: que este elemento central, tomémoslo como tal, respecto a lo que ven aquí figurado en forma de una banda de Möbius, este elemento central que la completa y la cierra, y que es lo que hace un instante llamé la porciúncula, esto, topológicamente, completa lo que hemos de decir de las posiciones subjetivas del ser. Lo que, en la botella de Klein, de la banda de Möbius, se completa con una banda de Möbius simétrica y que la cierra bajo el aspecto de ese algo que parece un toro, tiene por equivalencia aquí otra cosa, de naturaleza diferente a la de la banda de Möbius, Esta otra cosa es lo que, topológicamente, corresponde al objeto *a*.

Este objeto *a* es esencial para la dialéctica analítica. Escuché decir... me llegó que alguien, de entre mis oyentes, se expresó, sobre el objeto *a*, en términos tomistas; el objeto *a* sería el *esse* por esencia, el aquello-en-lo-cual el ser hallaría su culminación. Por supuesto, tal malentendido es posible, hasta cuando esta imagen topológica esté ahí para que sientan que de lo que se trata es del cierre de la *Entzweiung*, del ocultamiento, de la imposibilidad, de la consunción de la indeterminación; esta indeterminación de la que hace poco les hablaba, que es la del lugar del *Entzweiung* y de esta falsa seguridad de la certidumbre que se instaure en el enmascaramiento de la división.

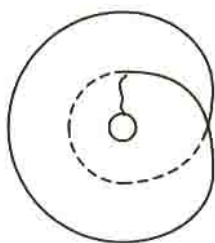


Fig. XXIII-11

Tal es la función de este objeto, diría, tan poco conforme a una buena forma, pues sólo pueden ustedes imaginarlo como este redondel, cuyo contorno mal unido en alguna parte, colgando y escotado, vendría a recubrirse él mismo como la figura de bien abajo a la derecha. Sin embargo, no es algo diferente a una superficie común y corriente, pero ese lado, lo repito, antipático para la buena forma, ese lado por el cual lo llamaré el jirón, ese jirón es la forma, la forma como se presenta, bajo los cuatro registros en que se ubica en la instancia de las posiciones subjetivas del ser, a saber, lo que se llama, en el análisis, el objeto, el seno, el objeto fecal o el excremento, la mirada y la voz.

Es de esta forma, de esta forma topológica, como se concibe la función del objeto *a*. Y es por esto, la equivalencia, la sustitución posible del objeto *a* en la conjunción con el otro, característica de un cierto mundo, del mundo micro-macrocosmico que prevaleció hasta cierta fecha, del mundo en que el hombre se repliega y se suelda a la realidad de otro preformado, de aquel que lo hizo a su imagen, como imagen semejante y al mismo tiempo invertida.

El corte, el corte en la historia y también en el estatuto del sujeto como tal, está en el momento en que, a ese *partenaire*, lo sustituye la función del objeto *a*. Es en la medida en que soy *a* que mi deseo es el deseo del Otro, y es por eso que pasa por ahí toda la dialéctica de mi relación con el Otro, el A mayúscula, aquella que les definí el año pasado mediante la relación de la alienación. El *a*, al sustituirse allí, nos permite el otro modo de la relación, el de la separación, algo donde me instauró como caído, donde me instauró como reducido al rol de jirón en lo que ha sido esa estructura del deseo del Otro por la cual el mío ha sido determinado. El hecho de que la sutura, de que la soldadura de mi relación subjetiva, de mi posición subjetiva como ser pueda ser hallada en el objeto *a*, por ahí es que pasa la verdadera naturaleza de la dependencia del otro y especialmente de su deseo. Pues el fantasma no es otra cosa que esta conjunción del *Entzweiung* del sujeto con el *a* gracias al cual un falaz completamiento viene a recubrir lo que concierne a lo imposible de lo real. El carácter de cobertura que tiene el fantasma respecto a lo real no puede, no debe, articularse de otra manera. El análisis pasa por el desfiladero de esta reposición de yo como sujeto<sup>v</sup> en ese *a* que he sido para el deseo del Otro, y ningún desanudamiento es posible en el enigma de mi deseo sin volver a pasar por el objeto *a*.

No hace mucho escuché, en uno de mis análisis, escuché utilizar el término respecto a alguien cuyo análisis no parecía muy logrado desde el punto de vista de la calidad personal: “Hay pues –me decía entonces mi analizado, haciendo las veces en ese momento de objeto- ¡abortos analíticos!” Me gusta bastante esa fórmula. Yo no la habría inventado. [...] En efecto, hay un giro del análisis en que el sujeto queda peligrosamente suspendido a ese hecho de encontrar su verdad en el objeto *a*. ¡Puede aferrarse allí, y eso se ve!

Mi curso del próximo año lo haré entonces sobre lo que falta en las posiciones subjetivas del ser. Lo haré sobre la naturaleza del objeto *a*. Si les hablara en inglés, habría dicho *The significance of the object small a*, y si lo hubiera hecho en alemán, habría dicho *Die Bedeutung des Objektes kleines a*, pero como les hablo una lengua más próxima a esta lengua más verde que todas las lenguas que se llama el latín, me inspiraré en el *De natura* algo... *rerum*, y les diré, *De natura objecti a*, y agregaré tal vez *et de consequensi*.

Sólo puedo lamentar en esta ocasión que la madre Iglesia abandone esta lengua, cuyo gran privilegio es justamente hacer absolutamente herméticas las explicaciones sobre las ceremonias que deben darse mientras éstas ocurren. Cuando se dan en latín, uno tiene la posibilidad de comprender que es incomprendible, ¡y esto es lo importante! Tranquilícense, ese curso del próximo año no lo daré en latín. Aunque uno no sabe... tal vez haga uno, ¡para enseñarles!

Con todo, no quisiera dejarlos sin haber ilustrado un poquito lo que quiere decir todo esto, porque tal vez haya quienes creen que estoy lejos de la clínica al contarles este cuento. Hay un cierto número de posiciones subjetivas claramente concretas con las que tenemos que

---

<sup>v</sup> *de moi comme sujet*

vérnoslas, aun cuando no notemos que, en el síntoma, siempre hay que buscar dónde está el saber, dónde está el sujeto, pero no yendo demasiado rápido en cuanto a saber a qué sexo nos enfrentamos. Pero en el análisis, está el Otro, y nos damos cuenta de la manera como, respecto al Otro, al A mayúscula, se plantean los problemas del deseo. No será hoy cuando vuelva sobre la gran repartición de la demanda, del goce del Otro y de la angustia del Otro como correspondientes a los tres objetivos que determinan las respectivas vertientes de la neurosis, de la perversión y de la psicosis.

En la neurosis, de donde partió nuestra experiencia, y que es nuestra experiencia cotidiana también, fundamental, es respecto a la demanda del Otro que se constituye el deseo del sujeto. Decir que es respecto a la demanda del Otro no es ir contra lo que digo: el deseo del sujeto, es el deseo del Otro, pero por su objetivo, porque es también el principio de su permanencia en la posición neurótica, es la demanda del Otro. Lo que el Otro demanda, por supuesto, no es lo que él desea. Insistí lo suficiente, creo, en esta radical *Entzweiung*, como para que no necesite ilustrarla de nuevo aquí. Por lo demás, retomen todo comentario que yo haya podido dejar sobre tal o cual punto de la *Traumdeutung* para proseguirlo, hasta en la estructura de la homosexualidad femenina; esta *Entzweiung* podrán palparla claramente.

Y la histérica encarga a un tercero de responder a la demanda del Otro. Para ella, la demanda se sostiene en su deseo como insatisfecho. Y por eso es que es en la sintomatología, la evolución de la histérica, donde tenemos el más rápido acceso, pero al mismo tiempo el que en parte lo vela, al hecho de la castración. La castración es demasiado instrumental, demasiado mediadora en la histérica, y también demasiado fácil de alcanzar puesto que la mayor parte del tiempo la histérica ya lo es, objeto castrado, como para que eso no nos lo vele.

El obsesivo, como el neurótico, está en la misma situación. Opera de otra manera con la demanda del Otro, se pone en su lugar y le ofrece el espectáculo, el espectáculo de un desafío, mostrándole que el deseo que esta demanda provoca en él es imposible. En los casos fecundos, pues los hay, de neurosis obsesiva, le demuestra que todo es posible en el lugar [*à la place*], multiplica las hazañas. Todo eso tiene también gran relación con la castración, y si él regaña, envilece, ridiculiza de esta manera el deseo del Otro, ¡pues bien!, lo sabemos, es para proteger su pene. Desde el lugar del Otro, a través de todos los riesgos calculados que corre, se vive como falo salvaguardado. Ahí es donde la oblatividad está en su salsa, él lo ofrece todo en el lugar [*à la place*]. No hay mayores oblativos que los verdaderos, los grandes obsesivos. Ofrece todo con tanta facilidad, que todo lo que ofrece es, como saben, ¡mierda! Entonces, forzarle las cosas interpretando el fantasma de *fellatio* – que en efecto puede llegarle, y por lo común le llega, en su análisis, al obsesivo-imaginándose que es la avidez del pene lo que lo dirige, haciéndolo objeto de comunión, pues bien, en realidad se trata de un desconocimiento en el analista, que es el hecho, en él, de la confusión del falo perdido con el objeto fecal y que, al interesar al sujeto en análisis en una dialéctica del tocar, del no tocar, del contacto o del no contacto, da fe propiamente de la verdad de lo que digo, puesto que esta dialéctica de la cura del obsesivo es propiamente, si puedo decir, no la de la propiedad sino la de la limpieza<sup>vi</sup>. El sujeto en análisis, por tal vía, por tal método, es invitado a lo que definí como siendo la función del

---

<sup>vi</sup> Juego de palabras entre *propriété*, propiedad, y *propreté*, limpieza.

objeto *a*, a hallar su verdad en ese objeto *a* en sus especies fecales, lo que propiamente<sup>vii</sup> es, por supuesto, lo que colma en efecto al obsesivo, que no pide más que eso.

Ven ustedes que esta teoría tiene consecuencias prácticas, que permite articular objeciones, objeciones estructuradas contra algo que se presenta como no dejando de tener efecto clínico, y hasta cierto punto benefactor, puesto que todo el peligro viene justamente de satisfacer la demanda que vemos manifestarse en el neurótico. Cuando retome esta dialéctica de lo posible y de lo imposible, les mostraré que, en últimas, no es nada diferente a lo que Freud nos descubre como la oposición principio del placer/principio de realidad. Pero no pregunto cómo es posible que el sufrimiento neurótico sea un placer, aunque esté, evidentemente, demostrado. Sólo puedo demostrar cómo es posible con malas pasadas, pero puedo manifestarlo poniéndome en el lugar en que hago imposible la satisfacción de la demanda que se oculta bajo este sufrimiento.

Hoy no avanzaré más en los detalles clínicos porque tengo que concluir. No les diré cómo el fóbico entra en la misma rúbrica, que es siempre la relación con la demanda del Otro. Les he hablado suficiente del significante faltante para cerrar y terminar lo que tengo para decirles hoy sobre ese punto, en que culmina verdaderamente todo el discernimiento que logró Freud del fenómeno inconsciente cuando habla del deseo último que habita el sueño, que es el verdadero deseo del Otro, el deseo de que durmamos. No por nada es en el momento en que un sueño llegue, en ese punto cumbre, a fijarse en esa figura inmóvil, donde se encarna verdaderamente para nosotros más cerca la naturaleza del fantasma y su función de cobertura de la realidad. Piensen en el sueño del Hombre de los lobos; si el fantasma nos despierta, y en la angustia, es para que la realidad no aparezca. Ojalá estén los suficientemente despiertos para que el sentido de esa palabra, por venir en mi propósito, los toque desde ahora.

No descargaré al Otro ni de su saber ni de su verdad. El término del análisis, si es lo que inscribí en el símbolo [S significante del  $\mathcal{A}$  ] son esos términos, el Otro sabe que no hay tal.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)

<sup>vii</sup> *ce qui est proprement*: lo que limpiamente es...